

Hugo Bouter

La Tierra y su plenitud

– De Jehová es la tierra y todo cuanto hay en ella.

– Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti; porque mía es la tierra y su plenitud.

– Porque del Señor es la tierra y su plenitud.

Sal 24:1; Sal 50:12; 1Co 10:26

1

Sabemos que los Salmos 22, 23 y 24 forman un trinomio que canta las alabanzas del buen Pastor. En el Salmo 22, Él da su vida por las ovejas; en el 23 las pastorea como su gran Pastor, tras resucitar de los muertos, y en el Salmo 24 llega el momento en que se manifiesta en gloria como el Pastor principal (Jn 10:11; Hebreos 13:20; 1 Pedro 5:4). Será entonces cuando todo se le subordinará como el rey de la gloria, Jehová de los ejércitos, fuerte y poderoso. Todas las cosas en el cielo y en la tierra serán sometidas a sus pies, para gloria de Dios Padre, y Él reinará como el Príncipe de la Paz desde Jerusalén, la ciudad del gran rey.

Todo le pertenece y todo ha sido santificado, puesto a su disposición para su ministerio. A tenor de esto es como debemos, por tanto, leer la frase que dice que la tierra es del Señor y todo lo que forma parte de ella (su plenitud). Así pues, todo lo creado se refiere a las personas, los animales, lo que tiene hálito y respira, y también a todas las cosas. En principio esto ya es así, para nosotros como redimidos, pero en el Reino de Paz será evidente para todo el mundo. Entonces vendrá el tiempo del reinado público de Cristo, y su nombre será ensalzado delante

de todas las miradas. ¡Qué tiempo de paz y armonía general habrá en toda la creación! Los profetas dan testimonio de ello.

2

El segundo pasaje del Salmo 50 es una indicación de lo que debemos entender especialmente por «el mundo y su plenitud». Se trata de los animales del sacrificio que los israelitas tenían que traer al templo. Era bueno y necesario que se les dejara ofrecérselos para sostener su relación con Dios, pero Él no los necesita como alimento para comer. Todo le pertenece, los miles de animales en los collados y las aves de los montes: el mundo y su plenitud (Salmo 50:8-13).

Este salmo es el corazón del servicio sacrificial, no de los sacrificios en sí, sino de la realidad de poder acercarnos al Dios vivo para darle la alabanza y adoración e invocar su magnífico nombre (Salmo 50:14-15-23). En suma: «El que sacrifica la alabanza me glorifica». Este último versículo es un atisbo, por así decir, del Nuevo Testamento y de los sacrificios espirituales que ofrecen los hijos de Dios. En otras palabras, la adoración en espíritu y en verdad (cf. Jn 4).

Así lo leemos en 1 Corintios 10, Hebreos 10 y 13, y en otros pasajes del Nuevo Testamento. La adoración a la mesa del Señor es entrar en el santuario celestial como adoradores para ofrecer un continuo sacrificio de alabanza.

3

Comer literalmente de la carne que se ofrecía como sacrificio en los templos paganos fue tolerado después porque, como dice la tercera cita, «la tierra es del Señor y su plenitud» (1 Co 10:26). Todos los platos de carne proceden de Él, por los que le estamos francamente agradecidos. Sin embargo, como cristianos esto no nos da derecho a sentarnos en un templo de ídolos, ya que entonces mezclamos el ministerio del Dios verdadero con el de los ídolos y los demonios (cf. el contexto de 1 Corintios 8 y 10).

El hecho de que la tierra sea del Señor y su plenitud no debe tentarnos a exigir o reclamar bendiciones terrenales. Es lo que reivindica de forma injusta el evangelio de la prosperidad. Ahora es el momento de sufrir con Cristo, no de reinar con Él. Seguimos a un Señor y un Salvador rechazado. Los hijos de Dios todavía no han sido manifestados con Él en gloria, es decir, en el futuro (Ro 8).

Tenemos nuestra esperanza puesta en Él mediante la oración, y aceptar todas las bendiciones terrenales de su buena y abundante mano. De todo es el dueño. Conoce completamente nuestras necesidades y deseos, y con gusto pone todas las cosas a nuestra disposición.

Oude Sporen 2019

